

EL CONCEPTO DE AMERICA *

por Irineo Fernando Cruz

Mis amigos: la cordialidad de ustedes me ha hecho venir aquí, poniéndome en la lista de oradores. En realidad, no estoy en condiciones de dar una clase. Mis tareas burocráticas asfixiantes, en el papel rectoral, han hecho que mi tarea vocacional de dar clases, se haya espaciado lo suficiente como para que no me sienta con las mejores aptitudes también para hacerlo.

De todos modos, el deseo es corresponder a esta solicitud amistosa, y el interés de estar con ustedes, aquí en diálogo, aunque sea previa una exposición mía, ha hecho que me encuentre esta tarde ante ustedes.

Quería hablarles de un tema que no es común: es el tema que ha estado aquí, en todo momento, saltando desde un argumento a otro, desde una posición a otra, desde un punto de vista a otro: el tema de nuestra América, de la de ustedes y de la mía, tema que es en realidad y que justifica esta convocación y esta cita de la Escuela Internacional de Temporada.

Si nosotros tratamos de indagar lo que significa la palabra "América", desde el punto de vista de su encarnadura, nos encontramos con una historia y orígenes que se refieren a las andanzas de Américo Vespucio y su transmisor en las costas europeas, Weismuller, que ha dado nacimiento a la misma. Pero a nosotros nos interesa, más que esta historia externa de América en su palabra, el "concepto de América". Y a eso queremos dedicar estos minutos hoy con ustedes.

(*) Conferencia pronunciada por el Dr. Irineo Fernando Cruz. Escuela Internacional de Verano. Mendoza, 1953. Versión taquigráfica de la cinta: Edgardo R. Sosa.

El “concepto de América” surge, evidentemente, de un “choque” entre dos civilizaciones, entre dos culturas —para resumir en una sola palabra—: de un lado, la cultura indígena o autóctona, y del otro, la cultura europea. El “concepto de América” sólo puede surgir de ese término. No tiene ningún otro sentido hablar de “América”, sino después de esta confrontación y de este encuentro.

Evidentemente, allí “chocan” dos civilizaciones, y casi podríamos decir: “dos naturalezas”. Dos civilizaciones: la una, encerrada en la palabra y en el concepto correspondiente de “civilización autóctona”; y la otra, de “civilización europea”, en las cuales —por supuesto, como ocurre siempre que hay un choque entre dos civilizaciones—, hay un vencedor y un vencido. Lo que es importante es averiguar la proporción que cabe al vencedor y al vencido, porque, como ocurre siempre también, en esta confrontación de culturas, el vencido tiene algo que decir sobre la victoria de su triunfador.

No siempre, cuando queremos referirnos al vencedor, nos referimos a una victoria de las armas. Dentro de las condiciones importantemente superiores que tenía el conquistador español que descendió a Sudamérica, en la conquista y en la colonia, no siempre es importante el triunfo de las armas para verificar el triunfo de una cultura. Nosotros recordamos el caso de la antigüedad —el caso típico—, de que una cultura es dominada por las armas, y a su vez conquista a su conquistador. De modo que nos referimos esencialmente a la victoria de una cultura sobre la otra. No se tiene en cuenta aquí la victoria de las armas. La victoria de las armas puede ser superada por una conquista espiritual —tal es el caso típico al que me refería, de Roma y Grecia—. Roma conquista a Grecia, la incorpora a su imperio, pero, sin embargo, va a sufrir la subyugación y el sortilegio de la cultura griega y se va a convertir en trasmisora de ella. De tal modo que, en este sentido, cuando se habla de la superioridad de los instrumentos de combate de los españoles sobre los indígenas, esta victoria no es la victoria a la que aquí quiero referirme, sino a la de la cultura, la victoria que importa la cultura europea sobre la indígena como tal.

Nosotros conocemos bien —o por lo menos lo suficiente— las culturas indígenas, para saber que ellas tenían importantes aspectos estructurales que podían pesar en la balanza, en esa lucha. Conocemos sobre todo dos culturas que allí jugaron primordialmente, a lo largo de toda la historia de la conquista europea en América. Conocemos sobre todo la cultura incaica, la más óptima, en este juego del enfrentamiento; conocemos la cultura azteca. Sabemos bien que ello supone una cantidad de modos en la civilización técnica y occidental, que todavía hoy pueden concitar nuestra admiración y pueden revivir, incluso, con el imperio de esos logros, nuestra búsqueda que no ha podido descifrarlos a lo largo del tiempo. Sabemos bien cuán importante fue el artifice de la piedra, de esas culturas; desde el azteca del Cauca, desde el calendario azteca, hasta la Puerta del Sol incásica. Podemos admirar todavía el secreto de la ensambladura de sus piedras en la monumentalidad de sus templos; podemos admirar la orfebrería magnífica de su obra de filigranados, incluso en aquella manifestación que todos recuerdan, los que han transitado por esas cosas de la cultura incásica. Podemos admirar la perfección de su calendario, frente algunos calendarios incluso de la antigüedad clásica. Podemos admirar el magnífico “quipus”, que podía establecer estadísticas bastante profundas, acerca de la extensión y de los estamentos del imperio. Podemos admirar la perfección de sus correos; podemos admirar la consustanciación de la familia con su tierra, con los cultivos relacionados a ella. Pero, a pesar de todas estas manifestaciones de la cultura —diríamos “material”—, sabemos bien que su mitología era instintiva y su teogonía difusa. De modo que, cuando se encuentran estos valores frente a la cultura europea, debemos ver qué trae esta cultura europea, frente a estos logros de las civilizaciones indígenas, para saber qué es en realidad ese surgimiento del choque entre la cultura indígena y la cultura europea, que está significado en la palabra “América”.

¿Qué es lo que trae, frente a este mundo que tiene magníficas instrumentaciones, pero que en el orden más altivo de los valores, no nos ofrece la posibilidad de poder constituir un acervo, una cantidad de conquistas, en su mitología inconsciente, en su teogonía difusa? ¿Qué es lo que trae Europa para este choque, en el cual resulta vencedora?

Europa trae, ante todo, los fundamentos esenciales de una cultura que nosotros llamamos "occidental", y que está allí como cimiento firme de toda posible construcción posterior en el orbe de Occidente. Nos trae, ante todo la genialidad fundadora de Grecia. Nos trae, por lo tanto, aquí, a estas tierras nuestras aquella conciencia primera del "héroe"; del héroe que se separa de sí mismo y se ve a sí mismo conscientemente y asume, entonces, conciencia de la personalidad. Eso no quiere decir que en culturas extrañas, como la indígena o la asiática, el héroe no haya surgido en las contiendas que en la vicisitudes de los pueblos se producen a lo largo de la historia; pero, el héroe como conciencia de sí mismo, el héroe, no como impulso instintivo que, pasado el momento de peligro, se sumerge de nuevo en la indiferencia colectiva, el héroe que toma posesión sin dudar de su tensión en la lucha y luego la va a transferir a otros órdenes de la cultura, fue un invento esencialmente griego.

El héroe, como vemos, va a dar lugar a esa "conciencia de la personalidad", a ese monumento a la personalidad del hombre, que va a emitir Grecia a través de distintas manifestaciones de su cultura: el héroe como ciudadano, el héroe que toma conciencia de sí mismo también, no sólo en la lucha, en la guerra, sino en la lucha interna de la ciudad, en la escena inmortal del "ágora", donde aparece por primera vez esa figura de Grecia del "ciudadano" que, su especialidad en la convivencia de la ciudad, es armonizar su libertad con el dominio de la ciudad misma, es decir, esa lucha entre el "ser estatal" y el "ser individual". El héroe que se va a manifestar más tarde en la conciencia del mito, no del mito instintivo y difuso, sino del mito que se toma a sí mismo como objeto de característica de su pueblo.

El griego llega a asumir el mito que recibe un poco materializado del mundo oriental, como "conciencia de sí y de su mundo", y lo elabora, lo trabaja artísticamente, es decir, que no vive el mito inconscientemente, sino que lo elabora individualmente, singularmente, con conciencia refleja. Asistimos, en este momento, en el mundo griego, al paso del mito hacia la "idea", hacia la "conciencia", y de allí nace, por supuesto, la conciencia filosófica que va a desembocar en una metafísica; que va a desembocar en una metafísica que tiene una vertebración, una cosmovisión ver-

tebrada del mundo, es decir, del sentido vertical de la vida; una conciencia que distingue y jerarquiza. Se elabora, por lo tanto, un mensaje filosófico para el mundo occidental.

Este mundo griego que llega hasta América a través de España, encierra también una conciencia estética, una estética clásica, contra la cual o a favor de la cual se hará luego toda medida del orden estético. Y llega hasta este mundo occidental la visión cabal de que el hombre sólo puede mantener su personalidad y subsistir como tal, como individuo, en lucha con la naturaleza. Y plantea el duelo entre el hombre y la naturaleza, y el afán del hombre por dominar a la naturaleza que, a lo largo de los siglos, va a desembocar en la técnica maravillosa de nuestro tiempo.

Este legado fundamental de Grecia es asumido más tarde por Roma, que añade a estos legados, a estos logros fundadores de la cultura griega occidental, su sentido jurídico, su sentido político y su sentido estratégico. Roma asume el legado griego y lo difunde a lo largo de su imperio, a lo largo de sus confines, tami­zándolo, haciéndolo más racional, haciéndolo menos lujoso, y añade a este legado ese sentido constitutivo de las leyes —que todavía han impreso carácter en Europa—, el sentido político de la convivencia entre la metrópoli y las provincias y el sentido estratégico de su gran creación militar de la legión romana.

España asume todo esto, porque es una de las provincias de Roma que recibe, a través de ella, este legado de Grecia y todo lo que añade Roma. Y aún más, asume también algo que adviene a este mundo pagano y que es el Cristianismo. Asume también la caridad, amor y justicia; asume también el principio de la libertad humana, deshaciendo el halo sombrío de la esclavitud que rodeaba a este foco magnífico de la cultura griega, que precisamente estaba cimentada en la esclavitud. Asume nada menos que un “Dios” que, erigido ahora sobre el altar desconocido, ese altar al “dios desconocido” que habían heredado los griegos, se convierte en interlocutor de hombres y se convierte en el aval más seguro, en el respaldador más seguro de los fueros humanos. Trae el sentido de la libertad, el sentido de la igualdad de deberes y de derechos: el derecho entre los hombres. Esto añadía ahora, a su

vez, a lo que España mismo incorpora: su sentido del pundonor, su sentido de la hidalguía, su fervor misional, su orgullo —defecto y cualidad—. Esto es lo que llega a estas playas de América y se enfrenta en este choque con las civilizaciones indígenas.

Naturalmente comprendemos, entonces que, frente a lo que las civilizaciones indígenas necesitaban —ese jerárquico sistema de valores de la cultura occidental que España trae: estética, filosofía, conciencia de la personalidad, sentido de ciudadano, libertad cristiana, pundonor e hidalguía españolas—, habrían de superar, habrían de subsumir las instancias de las culturas indígenas que encontraban a su paso.

A pesar de la rapacería, a pesar de las crueldades de los conquistadores, a pesar de su desencuentro aún con los principios que llevaban allí, al final estos principios se imponían: eran hombres de fe y eran hombres europeos, más allá de todas las circunstancias históricas en que ellos se acercaban a las civilizaciones indígenas. No nos extrañe, entonces, si es un privilegio de la conquista y de la civilización española que significa todo esto que acabo de decir o puede involucrar, que España sea una de las colonizadoras únicas en el mundo que haya admitido en lo suyo, en su pueblo y en su lengua misma, que el español pueda mezclarse con las razas indígenas, y haya dilucidado en sus concilios hispánicos que el indio tenía la igualdad, como “hijo de Dios entre los hombres”, y que haya permitido el mestizaje y el entrecruzamiento, solamente restringido por limitaciones de cargos que pudieran ser óbice a la buena marcha de la administración. Pero esa “leyenda negra” sobre España conquistadora, jamás podrá empañar este legado que nos trajo con fidelidad y que dejó impreso con una lengua magnífica e imperial, al mundo americano, sobre todo a este mundo americano nuestro y vuestro de que estoy hablando, que es América Hispana o Latina.

Hay, pues, en este “choque” entre la civilización europea e indígena, un vencedor y un vencido; un “elemento masculino” y un “elemento femenino” —con toda la reverencia que pueda merecer el léxico, en este caso.

Pero, ¿cuál es entonces el papel, la función que desempeña, dentro de esta unidad de la conquista y de la colonización, el ele-

mento autóctono, la civilización indígena? Como elemento autóctono, la civilización indígena va a constituir precisamente un elemento también sustantivo y esencial en este concepto de "lo americano". Sobre esta unidad de la cultura europea, greco-latina o romana y cristiana, que trae España, el elemento nativo, consustanciado en paisajes, en mitos, en mitos próximos a la vida, en teogonías también que están latiendo de vida y que están vertebradas de instancias vitales, en este elemento que es vida viva, va a surgir el elemento diferenciador, el índice diferenciador, el matiz, el estilo, el tono, todo esto que llega de la entraña, que es paisaje, canto, que es tristeza, nostalgia, en la voz de la cultura indígena y, va a servir para fragmentar, para separar dentro de esta gran unidad de la cultura hispánica-europea, para constituir y consolidar los principios de las naciones. Evidentemente, en estos confluyen y concuerdan innumerables circunstancias históricas y políticas que van a contribuir a estabilizar esta fragmentación y a separar esta unidad americana, de Hispanoamérica, de Latinoamérica, en distintas porciones que, si bien tienen su centro articulador en la gran unidad de la cultura europea-hispánica, tiene su sentido diferenciador precisamente en lo que de estas culturas indígenas, como internación de "lo femenino" ante el vencedor "masculino", fueron instándoles como individualidad.

Tal vez este destino del papel de "lo autóctono", en la configuración de las naciones americanas de Hispamérica, puede quedar mejor aclarado acudiendo a un ejemplo histórico de alta envergadura. Ustedes todos saben cuál fue el dominio que ejerció sobre Europa —y aún más allá de Europa— el imperio Romano. Ese imperio recio y compacto, magníficamente bien articulado, se fue fraccionando en partes y en un sucesivo sistema de asimilaciones. Momsem decía, como definición, al comenzar su *Historia de Roma*, que "Roma es, en el fondo, un vasto sistema de incorporaciones", con lo cual tiene un vago parecido con nuestra historia.

En esta sucesiva incorporación de distintas provincias, llega una unidad férrea. La cultura greco-latina se va imponiendo en Iberia, en Lusitania, en Galia, de una manera que no deja lugar a dudas sobre la potencialidad del Imperio; pero, ¿qué va ocu-

rriendo con los elementos vencidos, a quienes Roma, por el deseo de inviscerarlos en su entraña *imperial*, no distingue? Va ocurriendo que el vencido va impregnando, poco a poco, esa unidad orgánica de la cultura romana; la va impregnando poco a poco de su sentido autóctono, de sus leyendas, de sus paisajes, de su ambientación geográfica, de sus contingencias políticas; la va impregnando poco a poco de su estilo de civilización.

Aquí ya está lanzada la simiente de las nacionalidades de las naciones romanas que enfrentarán cualquier contingencia histórica —llámese “Cristianismo” o llámese “decadencia de Roma”—, para salir pujantes a la vida europea como naciones constituidas con una unidad propia, que son la base de esa unidad de cultura greco-latina que habían recibido, que constituye el verdadero centro propio de articulación y la realidad de las naciones. Así surgió Iberia. Eso mismo en América, sobre esa base de la conquista hispánica que trae la cultura europea, estas civilizaciones vencidas y autóctonas siguen imprimiendo carácter, imprimiendo estilo y, en el juego de las contingencias históricas y políticas del convivir de los pueblos, se van a ir constituyendo las naciones que dan lugar a esta confraternidad americana, a la cual ahora hemos convocado y con la cual estamos dialogando: la América latina en paz.

Por lo tanto, no les extrañe a ustedes que, cuando en las palabras inaugurales de esta Escuela, eludí hablar de lo que es “América”, puesto que es un tema para uno o dos años de curso, debatido y urgido de instancias, hice hincapié en un aspecto fundamental, sin parar cuentas de un análisis donde también se muestra y sin lugar a dudas, hice hincapié en la constitución de las naciones de América, y cómo América era ante todo un conjunto de naciones a las cuales había que hablar y a las que había que referirse.

Esta grávida conciencia nacional, este contenido de un programa de educación americana, que el otro día aquí se reclamaba a raíz de la magnífica e histórica clase de Scalabrini Ortiz, sentándose como primera “movida”, antes de allegarnos los instrumentos técnicos: crear una conciencia de autonomía y de soberanía en América, sólo puede ser programada con contenidos reales y evidentes, cuando sepamos lo que debemos enseñar y lo que de-

bemos predicar. Esta grávida conciencia de las naciones en América Latina tiene que tener como punto de partida, estos contenidos de la cultura europea que están insertos en su base y las sucesivas aportaciones estilísticas nacionales de cada una de las porciones de lo que constituye "América". Si queremos llevar adelante esta consigna, que en la clase del otro día quedó vibrando en el aire, debemos saber qué es lo que debemos enseñar, qué es lo que debemos custodiar y de qué herencia somos responsables para transmitir a los nuestros, a los cuales vayamos a predicar, y que ha de ser transmitida a las generaciones que nos siguen. Esta grávida conciencia nacional, surgida con todos estos contenidos, ese es el mejor antídoto contra los vasallajes y los coloniajes; ese es el mejor antídoto contra todo imperialismo económico que desemboca en lo político, y es el mejor antídoto contra todo imperialismo metafísico, que también significa un avallasamiento económico y político, y todavía más, amenaza profundamente los cimientos de esa cultura que nos nutre y que nos individualiza y nos dan jerarquía y personalidad.

Permitidme que acuñe entre vosotros esta expresión de "imperialismo metafísico", porque también hay ese otro imperialismo, que tal vez podamos concebirlo al modo de Oriente, que amenaza destruir esos cimientos profundos de la civilización occidental que nosotros tenemos en la base y en la raíz de nuestro "Ser americano". No es solamente el imperialismo económico y político el que debemos combatir; no es solamente la liberación del vasallaje y del coloniaje que nos puede imponer el interés económico —que naturalmente necesita el sostén político—, que pueda venir de Inglaterra o de Estados Unidos; es también la defensa hacia el ataque profundo e insidioso que se está llevando —como en la guerra anterior a la guerra misma—, hacia lo que es sustancial y lo constitutivo de nuestra cultura, hacia nuestra metafísica, hacia esa cultura europea que está en lo profundo de nuestra cultura americana, y que puede estar representada, encabezando a Oriente, por la amenaza rusa, el cabo suelto o casi suelto que quedaba por contemplar aquí, en nuestra rebelión contra todo vasallaje, contra todo imperialismo.

Por lo tanto, yo me permito sugerir a ustedes que adoptemos esa expresión, como punto o blanco de nuestra rebelión: el im-

perialismo económico y político y también el imperialismo metafísico, que incluye lo económico y lo político, pero que también amenaza de raíz la sustancia misma de nuestro "ser nacional", en la savia más profunda de nuestro ser europeo y occidental y americano, para aniquilarlo con un sentido homogénico de la vida, para destruir ese sentido vertical, esa conciencia de la individualidad, esa conciencia de la personalidad que no puede ser subyugada por ningún estado panteísticamente concebido, que anule todas las garantías del individuo y arrase, incluso, con el pensamiento y con la libertad interior, que no es solamente una amenaza a las libertades externas, sino que también es un ataque hacia nuestra libertad interior, hacia nuestra libertad como seres humanos.

Tal vez nosotros tengamos, en este adensamiento de nubes sombrías que se están cerniendo sobre el mundo, que ir con Europa o tal vez con Estados Unidos, a defender nuestra cultura occidental frente a estos imperialismos y, como tengo una profunda fe —que compartimos, creo, todos— en el triunfo de Occidente, en la victoria de Occidente, entonces después será la hora de "presentar las cuentas" de nuestra libertad. Imaginémonos, después de la contienda, que es inexorable y fatal, que se va a tener que producir en el mundo, más pronto o más tarde, pero inexorablemente, esta conciencia grávida de la nacionalidad, este destino de la humanidad deberá presentar sus cuentas de libertad, aún al margen de todas las zonas estratégicas, de todas las posibilidades de una defensa continental. Serán los momentos más próximos de lo que creemos en que este vasallaje y este dominio económico y político de los países anglosajones, ya no tendrá poder para someternos, no tendrá poder para amenazarnos. Pero hasta allí hay un camino arduo y lleno de sacrificios. Entre tanto, aprovechemos este "tiempo de gracia", para ser cada vez más conscientes, para hacer cada vez más grávido, más generoso nuestro pensamiento, nuestro estilo de americano latino y nuestra prédica entre nuestros hermanos.

En este sentido, precisamente, la Argentina está generando un mensaje para América y a veces podemos considerarlo también como un mensaje para el mundo. Esta Argentina nuestra, esta Argentina de ahora; esta Argentina que, como ustedes han

convivido en la clase del profesor Scalabrini Ortiz, ha sabido liberarse de un imperialismo, primero británico, y ha sabido luego esquivar la transferencia hacia otras manos que ya habían transferido aquí el imperio del mundo. Esta Argentina de ahora tiende sus manos, sus manos amigas —como escribía en su magnífico poema nuestro amigo Ornello Romo: “Tiende sus manos hacia América, como un mensaje bien claro y bien directo, y que no puede ser tergiversado sino con mala fe”. Tiende un mensaje bajo el signo de la justicia, es decir, que es la traducción estatal de aquel mensaje cristiano que tenía justicia más caridad. En el orden estatal, la justicia es el elemento que enhebra e inerva ese mensaje: justicia entre las naciones de nuestra América, justicia entre ellas por fuera y justicia entre ellas por dentro.

“Las ideas no mueren” —se afirma a cada momento—. Efectivamente, no mueren. A veces se enferman, tienen convalecencias largas, se esclerosan o se osifican. Pero, evidentemente, las ideas no mueren.

Tal es la idea ecuménica de hacer justicia al ser humano que trae el Cristianismo. Para el mundo de occidente aquella idea de que “la vida sigue rindiendo frutos”, porque a cada momento, los egoísmos e intereses de los hombres y las naciones tratan de apagarlo y de empañarlo. Pero esa idea misma es la que enarbola aquí, como programa para nosotros, para todos ustedes, nuestra Argentina.

Queremos que esa idea sirva como toque de clarín para los países de América; para despertar cada vez más a esta conciencia grávida de lo que tenemos que defender y por lo que tenemos que morir, si es necesario. Allá, en la antigua Roma, bastó la presencia de esta idea; bastó la idea de “justicia”, bastó la idea de “hermandad”, de esta idea de libertad para todos los seres humanos, bastó solamente la presencia de esta idea para hacer saltar en pedazos el imperio romano. También ahora creemos en la fecundidad y en la productividad de esta idea, y pensamos que el grito de rebelión que surge de Argentina, contra todo imperialismo económico y político y contra todo imperialismo metafísico, parece razonable.

No hablemos ya de lo que mencionábamos el otro día, de que jamás ningún argentino fue instrumento de explotación, o su sangre se derramó para opresión de hermanos, sino que hablemos simplemente del contenido de este mensaje.

Si exigimos, si propiciamos, si tratamos de potenciar una conciencia nacional, justa, libre y soberana, en cada país, es que solamente nuestro mensaje tiene la generosidad hermana y fraterna de hombres que quieren tener otras armas más fuertes y resistentes contra esas amenazas, de cualquier imperialismo de izquierda o internacional de derecha, que pueda amenazar esta magnífica América, que nos ha reunido aquí y entre nosotros. Por eso tengo una gran fe —y creo que ya es compartida por todos ustedes—, tengo una gran fe en nuestra Escuela Internacional, que debería potenciarse cada vez más, a lo largo del tiempo, y que debería reiterarse en las naciones hermanas. Es precisamente la metodología, a través de la cual esta conciencia de rebelión, de soberanía y de justicia que se propiciaba el otro día, llevada adelante en cada una de las naciones americanas, el método más eficaz, porque es el que trabaja de brazo a brazo, de mano a mano y de corazón a corazón.

Yo he observado en estos días, cómo se han destituido prejuicios, cómo se han clarificado ideas y cómo se han concertado limpiamente corazones americanos.

Yo invito a conspirar en vuestras patrias —y en ésta también empezamos desde ya—, para que nuestra Escuela Internacional sea un acelerador, un instrumento acelerado de esta fraternidad y de esta convocación americana, de esta formación de la conciencia de libertad y de soberanía, con estos contenidos que acabo de expresar.

Nada más.